

sus derechos en su patria y yo me encuentro privado de ellos en un destierro? No creais que me anima ningun resentimiento. No puedo irritarme contra vosotros; pero bajo el peso de una cruel injusticia, las quejas alivian como los lamentos que exhala un herido. He estado y estaré siempre consagrado á mi patria. ¡Oh! ¡Pero de qué modo me recompensa! Al dar mis primeros pasos en la carrera política, me dije: Estoy resuelto á ser para mis conciudadanos lo que un hijo respetuoso para sus padres, quiere que sean justos; pero si le tratan con un rigor inmerecido lo sufre sin revelarse. La resignacion en semejante caso, es á los ojos de la sabiduría una victoria muy moral y honrosa. ¡Sed felices! (1)



(1) Segun la última carta atribuida á Esquines, Demóstenes obtuvo la libertad de los hijos de Licurgo.—(Stievenart.)

JUICIOS

DE VARIOS ESCRITORES ANTIGUOS Y MODERNOS.

sobre Demóstenes y sus obras. (1)

CICERON.

Si se busca un orador perfecto, un orador al cual no falte absolutamente nada, se nombrará á Demóstenes sin vacilar. En las materias que ha tratado, no hay recurso oratorio que no haya puesto en juego con una maestría y sagacidad extraordinarias. ¿Deseaba que su estilo fuese puro y correcto? La delicadeza, la concision y la claridad lo distinguián. ¿Deseaba elevarse? Nada entonces más noble, ni más pomposo, tanto por la dignidad de la espresion, como por la majestad del pensamiento.

Recuerdo haber preferido á Demóstenes entre todos los oradores, por considerar que su elocuencia es la que

(1) Hemos creido oportuno poner á continuacion de las obras escogidas de Demóstenes, las opiniones que han formado sobre ellas los más célebres críticos de la antigüedad y muchos escritores notables ó eminentes de los siglos modernos. En esta coleccion de juicios se encuentran nombres de autores alemanes, ingleses, italianos, franceses y españoles.

más se aproxima á la perfeccion que imagino, y de la cual no encuentro ningun ejemplo. Nadie le ha aventajado en el estilo sublime, en el simple y en el templado.

Lejos de admirar mis obras, soy un juez tan difícil de contentar y tan severo, que ni el mismo Demóstenes me satisface: este hombre, que en todos los géneros merece ser llamado príncipe de los oradores, deja algunas veces algo que desear; mi oído ávido é insaciable vá siempre más lejos y se crea una perfeccion que no ha visto realizada.

Demóstenes no cede á Lisias en la simplicidad, ni á Hipérides en la sutileza y el ingénio, ni á Esquines en la armonía y brillantez de la frase. Tiene discursos en el género simple, como su arenga contra Leptino; los tiene en el género sublime, como muchas de sus filípicas; los tiene también que participan de ambos, como su acusacion contra Esquines en el proceso de la *Falsa embajada*, y su defensa en el de la *Corona*. El estilo templado lo emplea cuando le parece oportuno, y generalmente se detiene en él siempre que desciende del sublime. También hay que confesar que nunca arranca tantos aplausos ni produce tan fuerte impresion, como cuando emplea las diferentes partes de este estilo.

Si se buscan modelos, debe elegirse á Demóstenes y leer sin descanso su discurso por Ctesifonte, desde el pasaje en que comienza á hablar de sus acciones, de sus consejos y de los servicios importantes que había prestado á su pátria. Esta magnífica composicion responde tan bien á la idea que me he formado de la elocuencia, que me parece no puede desearse nada más perfecto.—(*Trozos tomados de las obras de Ciceron.*)

QUINTILIANO.

De los diez oradores que á un mismo tiempo llegó á haber en Atenas, Demóstenes fué sin duda el príncipe y el que dió la ley para perorar; tan grande es su energia; todo lo que dice tiene tanta conexion, y como si estuviera con ciertos nervios asegurado, tiene tanta firmeza; tan precisas son todas sus palabras, y tal su modo de decir, que hallarás que ni le falta ni le sobra cosa alguna.

Viniendo á los oradores latinos, pueden igualarse en la elocuencia con los griegos. Y no tengo dificultad en contraponer con toda seguridad á Ciceron á cualquiera de ellos. No se me oculta cuántos adversarios me concilió comparándole al presente con Demóstenes; pero este no es mi intento, y más cuando yo soy de opinion que Demóstenes es el primero que debe ser leído, ó por mejor decir, aprendido de memoria.

En la mayor parte de sus virtudes, creo yo que son parecidos, como también en la idea, en el orden, en el modo de dividir, de preparar y proponer las razones, y finalmente en todo lo que pertenece á la invencion. En la locucion se diferencian algun tanto. Demóstenes es más conciso; Ciceron más afluyente; aquel concluye más pronto, este discute con más amplitud; aquel siempre con agudeza, este además de agudeza tiene peso en sus palabras; á aquel nada se le puede quitar, á este nada añadir; aquel tiene más arte, este es más natural.

En los chistes y en mover la compasion (que son los dos principales afectos) les sacamos ventaja. Y quizá esto nace de que quitó los epilogos la costumbre de Atenas. Pero el diferente génio de la lengua latina no nos conce-

dió á nosotros aquello que los atenienses miran con admiracion.

Pero nos es preciso ceder en que aquel fué primero y en gran parte hizo á Ciceron tan grande como es. Pues yo creo que Marco Tulio, habiéndose enteramente dedicado á la imitacion de los griegos, imitó la energia de Demóstenes, la afluencia de Platon y la dulzura de Isócrates. Y no solo consiguió con este estudio lo mejor que halló en cada uno de ellos, sino que con felicísima abundancia sacó de ellos muchísimas, ó por mejor decir, todas las virtudes de su ingéuio inmortal. Porque no se entretiene en recojer las aguas llovedizas (como dice Píndaro) sino que mana como de una fuente viva, criado por cierto don de la Providencia. para que en él floreciese la elocuencia hasta donde podia llegar.—(*Inst. Oratorias. L. x, C. i.*)

No me parece que Demóstenes fué tan reprehensible en sus costumbres, que yo dé crédito á todo el colmo de cosas que contra él han dicho sus enemigos, cuando leo en la historia sus muy bellos dictámenes acerca de la República y el fin esclarecido de su vida.—(*Idem. L. xii. C. i.*)

En fin, ¿no escedió Demóstenes á todos aquellos delicados y circunspectos oradores de su pátria, en sublimidad, nervio, vehemencia, adorno y elegancia? ¿No está lleno su estilo de figuras? ¿No luce con las traslaciones? ¿No parece que hace hablar á las cosas inanimadas? ¿No muestra con bastante claridad que su maestro fué Platon, aquel juramento que hizo por las almas de los defensores valerosos de la pátria, que habian muerto en Maraton y en Salamina?—(*Idem. L. xii, C. x, traduccion de los PP. Ignacio Rodriguez y Pedro Sandier, de las Escuelas Pias.*)

DIONISIO DE HALICARNASO.

Demóstenes, nacido en una época en que la elocuencia había ya recibido muchas formas diversas, no creyó conveniente seguir un solo modelo ni un solo género de estilo. Conociendo que á todos faltaba algo, se propuso tomar de cada uno lo que encontrase más bello y útil, y formó una especie de tejido donde todas las cualidades vinieron á juntarse y confundirse, para componer un estilo alternativamente noble y simple, estudiado y natural, extraordinario y comun, austero y festivo, conciso y ámplio, lisonjero y mordaz, y tan pronto apropiado á las emociones agradables como á las pasiones vivas. Se puede decir que se parecía á Proteo, del cual cuentan los antiguos poetas que tomaba sin trabajo todas las formas, ya fuese la de un Dios ó un génio que fascinaba las miradas de los hombres, ya la de un mortal versado en todas las lenguas y muy hábil para agradar y seducir el oido..... Tal es mi opinion sobre el estilo de Demóstenes y sobre el carácter de su elocuencia.

Conviene ver ahora en qué se diferencia este estilo del de Tucídides, á quien el orador griego había tomado por modelo. Tucídides derrama sin medida los primores del arte; más bien que subordinarlos á su voluntad, parece esclavo de ellos; no conoce las circunstancias en que los debe emplear, y frecuentemente elige mal el momento de utilizarlos. El empleo escesivo de una diction afectada, produce la oscuridad, y la falta de acierto en la eleccion de las circunstancias, hace el estilo desagradable. Demóstenes al contrario, no aparta nunca la vista del punto en que debe detenerse y aprovecha los instantes favorables;

no se limita como el historiador á un estilo pomposo y propio para seducir, sino que busca sobre todo la utilidad. Así es que jamás deja de ser claro, que es la primera de las cualidades en las discusiones del foro, resaltando también en todos sus discursos ese vigor á que atribuye tanta importancia. Estos son los rasgos principales que caracterizan su dición noble, correcta, extraordinaria, cuyo principal mérito consiste en la vehemencia. Demóstenes llegó á alcanzarla siguiendo las huellas de Tucídides, que era el único que ofrecía algunos bellos ejemplos. . . .

Los discursos de Lisias tienen una elegancia y una gracia naturales, que le colocan sobre todos los demás oradores, esceptuando á Demóstenes; pero esta elegancia que se puede comparar al ligero soplo de los céfiro, únicamente le acompaña en el exordio y la narración, pues apenas llega á la confirmación se hace débil y casi insensible; y concluye por desvanecerse del todo cuando trata de remover las pasiones, porque carece de vigor y de vida. Demóstenes, por el contrario, se presenta lleno de fuerza y provisto de bastante gracia, de modo que aventaja á Lisias, con una superioridad muy marcada, en la elegancia de la composiciones, y en la energía lo eclipsa por completo. Este es el segundo rasgo característico que le distingue, el cual se puede reconocer cuando se encierra en los límites convenientes; pues si evita las frases extrañas y nuevas, los adornos rebuscados y todos los ornamentos artificiales, no descuida la elevación ni la fuerza; ambas se manifiestan siempre en su estilo, sea que constituyesen en él una calidad natural, sea que las hubiese adquirido con el trabajo. Sabía desplegarlas unas veces con todo su vuelo y otras sujetarlas con una sábia medida, respetando siempre las conveniencias. . . .

¿Quién podrá desconocer la superioridad del estilo de Demóstenes sobre el de Isócrates? Demóstenes revestía sus pensamientos con una dición más noble y majestuosa,

más concisa y perfecta. Tiene más fuerza y más nervio; evita las figuras frías y pueriles, de las cuales Isócrates adorna su estilo con exceso. Pero en lo que Demóstenes sobresale sin rival es en la vehemencia y el patético. Si no obstante los siglos que nos separan de este orador y ser los asuntos que trata extraños á nuestro interés, se apodera de nuestro ánimo, nos subyuga y nos conmueve, ¿hasta qué punto los atenienses y los demás griegos de su tiempo no deberían sentirse arrastrados por esta elocuencia, en el momento de una deliberación solemne sobre materias que les afectasen muy de cerca, y cuando Demóstenes les hablase con aquella dignidad que fué su más noble atributo, con un acento apasionado que espresaba toda la energía de su alma, y cuando realizaba sus palabras con una acción sublime, en lo cual, según todo el mundo confiesa, no podían competir con él los demás oradores? Sus arengas no proporcionan solamente una lectura agradable: nos enseñan también cómo debemos hablar en público, y emplear tan pronto la ironía, la cólera, la amenaza, la dulzura, tan pronto los consejos y las exhortaciones, proporcionando siempre la acción al carácter mismo del estilo. Pero si á la simple lectura encontramos aun en sus discursos ese espíritu de vida que nos traslada al lugar mismo de la escena, preciso es reconocer que su elocuencia tenía algo sobrenatural é irresistible.

Entre los oradores que han empleado un estilo sublime, elevado, extraordinario, Demóstenes me parece ser el que más usa una dición clara y aprobada por la costumbre; jamás se aparta de ella ni en las composiciones más graves, y constituye el distintivo principal de su carácter oratorio, aun cuando se eleva al sublime. Respecto de los escritores que se han ejercitado en un estilo sencillo y desprovisto de adornos, les es superior por la fuerza, la gravedad y el laconismo. Estas cualidades y las que más se les aproximan, caracterizan su manera de decir en este

género. En fin, aventaja á todos los que han cultivado el estilo medio, que prefiero á los otros dos, por la variedad, la mesura, la oportunidad, el patético, la energía, la viveza y la conveniencia: estas virtudes las ha llevado él al más alto grado de perfeccion. (*Tratado sobre la elocucion de Demóstenes.*)

LUCIANO.

Nadie ignora hasta qué punto sobresalió Demóstenes en la elocuencia. ¡Cómo fortalece su estilo con las imágenes y las espresiones! ¡Cómo lléva á su colmo la persuasion por la fuerza con que pinta y mueve las pasiones del alma! Magnífico por la sublimidad de los pensamientos, lleno de vigor por el tono con que sabe manifestarlos, se conduce tambien con una grande maestría en el empleo de las palabras y las sentencias, y ofrece una variedad infinita por la belleza de las figuras; es, en una palabra, como lo ha dicho Leóstenes, el único orador cuya elocuencia, verdaderamente viva, no es una fria recitacion. Seduce y arrastra por la nobleza de su carácter, por el vigor de su génio, por su conducta sábia y prudente, y por la energía de su elocuencia. La firmeza inflexible que hace resaltar en todas sus acciones, el desprecio con que mira los regalos y dádivas más considerables, su justicia, su amor á la humanidad, su desprendimiento, su prudencia, y en fin, cada una de las épocas de su administracion, tan dilatada como brillante, ofrecen ancho campo en que fundar sus alabanzas. Si se consideran á la vez sus decretos, sus embajadas, sus discursos al pueblo, sus leyes, las es-

pediciones que hizo enviar á la Eubea, á Megara, á Beocia, á Chio, á Rodas, al Helesponto y á Bizancio, el ánimo queda indeciso sin saber á qué lado ha de dirigirse primero, y la abundancia misma de la materia lo agita en mil sentidos diversos.

Si alguna vez tuve deseos de oír á un orador, fué á Demóstenes. Le he visto dos veces en Atenas; y aunque dispuse de muy poco tiempo, lo que supe por referencias de otros y lo que yo mismo observé durante su administracion, ha contribuido más á que lo admire, que la belleza y el poder de su elocuencia. Los oradores atenienses parece que solo producen puerilidades, cuando se comparan á sus discursos la perfeccion de los de Demóstenes, la precision elegante de sus frases, el giro de sus ideas, el enlace de sus pruebas, y la destreza con que las reúne y las hace más eficaces. Pero estas facultades solo obtienen el segundo lugar en mi estimacion, y las considero como instrumentos de otras muy superiores. Lo que yo no cesaba de admirar, era á Demóstenes mismo; su grandeza de alma, su prudencia, la firmeza inalterable de su carácter que, en medio de las tempestades de la fortuna, conservaba la línea que se habia trazado, sin ceder ante ningun revés ni contratiempo.—(*Elogio de Demóstenes.*)

LONGINO.

La misma diferencia hay, á mi parecer, entre Demóstenes y Ciceron, por lo que mira á lo grande y lo sublime, segun que nosotros los griegos podemos juzgar de las obras de un autor latino. En efecto, Demóstenes es grande

en lo que tiene de lacónico, y Ciceron, por el contrario, en lo que tiene de difuso. Se puede comparar el primero, á causa de la violencia, la rapidez, la fuerza y la vehemencia con que lo arrasa, por decirlo así, y arrebatada todo, á una tempestad ó á un rayo. En cuanto á Ciceron, se puede decir, á mi parecer, que como un grande incendio devora y consume todo cuanto encuentra, y que á medida que se adelanta toma siempre nuevas fuerzas. Mas tú, oh Terenciano, puedes juzgar de esto mejor que yo. Por lo demás, el sublime de Demóstenes vale mucho más en las exajeraciones fuertes y en las violentas pasiones, cuando es necesario, por decirlo así, asombrar al oyente. Por el contrario, es mejor la abundancia, cuando se quiere, si me es permitido usar de esta espresion, derramar en los ánimos un rocío agradable. Y á la verdad, un razonamiento difuso es mucho más apropiado para los lugares comunes, las peroraciones, las digresiones, y generalmente, para todos los discursos que se hacen en el género demostrativo.

—(*Tratado del Sublime*, cap. x.)

Demóstenes no se estiende bastante bien á pintar las costumbres, ni es difuso en su estilo. Tiene cierta dureza y carece de pompa y ostentacion..... Si se empeña en ser gracioso, se hace ridículo sin despertar la risa, y se aleja tanto más de este objeto, cuanto más procura acercarse á él. Sin embargo, como todas estas bellezas que se hallan en Hipérides no tienen, á mi parecer, nada de grande; como siempre se vé en él, por decirlo así, un orador ayuno y una languidez de espíritu que no inflama ni mueve el alma, jamás ha entusiasmado ni arrebatado á nadie la lectura de sus obras. Empero Demóstenes, habiendo reunido en sí todas las cualidades de un hombre verdaderamente nacido para el sublime, y perfeccionado con el estudio aquel tono de majestad y de grandeza, aquellos movimientos animados, aquella fertilidad, aquella destreza, aquella prontitud, y sobre todo, lo que más se debe apre-

ciar en él, que es aquella fuerza y vehemencia á que nadie ha podido llegar jamás; por todas estas cualidades divinas, que yo miro en efecto como otros tantos dones raros que había recibido de los Dioses, y que no me es licito llamar cualidades humanas, ha eclipsado á cuantos oradores célebres ha habido en todos los siglos, dejándolos como abatidos y deslumbrados, por decirlo así, con sus truenos y sus rayos. Pero en las partes en que sobresale es tan superior á estos, que con ellas suple ventajosamente las que le faltan. Y á la verdad, es mas fácil mirar fijamente y con los ojos abiertos los rayos que caen del cielo, que dejar de penetrarse de las violentas pasiones que reinan en tropel en todas sus obras.—(*Id. id.* Cap. xxviii. *Traducción de Garcia de Arrieta.*)

LIBANIO.

Sería un acto de injusticia rehusar un tributo de alabanzas á Demóstenes, al cual debe considerarse como el más perfecto de los oradores. Nació de un padre honrado y virtuoso, en Atenas, ciudad antigua y protegida por los Dioses, y comenzó á recibir una educación esmerada. Huérfano cuando aun no había salido de la infancia, trabajó para instruirse en lugar de abandonarse á la pereza, y con su aplicacion y su celo suplió la falta de los cuidados paternales. En el pleito con sus tutores reclamó una suma inferior á la que le habían usurpado, abandonando el resto generosamente. Consagrado al bien público proporcionaba fondos á la República y armaba galeras, mientras que Filipo, siguiendo una marcha funesta para la

Grecia, sembraba por todas partes el oro y corrompía á los gobernantes de las ciudades, con cuyo medio llegaba á subyugarlas. Demóstenes fué el único que conservó las manos puras; y cuando veía é los demás enriquecerse, se consideraba bastante rico salvando á su pátria. Filipo inquietaba con sus hostilidades á los olintios: Deméstenes escita á los atenienses, en repetidos discursos, á que socorran aquella importante colonia, y de seguro que los esfuerzos del Monarca habrian fracasado ante Olinto, á no haber sido por el traidor Euticrates.

Embajador en la córte de Filipo, sintió redoblarse su ódio contra este tirano, y provocó su enemistad, negándose á recibir las dádivas que le ofrecía y aun los presentes con que se acostumbraba obsequiar á los embajadores extranjeros. El pueblo recibía su actividad de Demóstenes, y la comunicaba á las ciudades libres de Bizancio, Queronea y Perinto, ninguna de las cuales sucumbió por efecto de una dominacion marítima. Demóstenes fomentó la marina por medio de una ley, y proporcionó á los atenienses la libertad de la navegacion y el imperio de los mares. Despues de haber organizado, sobre bases sólidas, las fuerzas navales de la República, los libró de un incendio preparado por Antifon, el cual se habia introducido en Atenas para quemar los arsenales: fué detenido por Demóstenes antes de haber realizado su crimen, habiendo sido Demóstenes tambien el que impidió á Filipo aproximarse á los muros de Atenas. Cuando este grande orador hizo que se convirtiese en una repugnancia decidida su aficion al vino y á los desórdenes propios de las costumbres de aquel tiempo, aplicó á los asuntos públicos los recursos de un arte que llevó al más alto grado de perfeccion, logrando conducirlos con una gran superioridad y dominándolos con todo el poder de su génio. Su muerte heroica correspondió á su vida.—(*Elogio de Demóstenes.*)

PLUTARCO.

DEMÓSTENES Y CICERON.

Aunque no es nuestro ánimo entrar en la comparacion de la facultad de decir del uno y del otro, nos parece no debe pasarse en silencio que Demóstenes, cuanto talento tuvo recibido de la Naturaleza y acrecentado con el ejercicio, todo lo empleó en la oratoria, llegando á esceder en energia y vehemencia á todos los que compitieron con él en la tribuna y en el foro; en gravedad y decoro, á los que cultivaron el género demostrativo, y en diligencia y arte, á todos los sofistas. Mas Ciceron, hombre muy instruido, y que á fuerza de estudios sobresalió en toda clase de estilos, no solo nos ha dejado muchos tratados filosóficos al modo de la escuela Académica, sino que aun en las oraciones escritas para las causas y las contiendas del foro, se vé claro su deseo de ostentar erudicion. Pueden tambien deducirse las costumbres de uno y otro de sus mismas oraciones; porque Deméstenes, aspirando á la vehemencia y la gravedad, fuera de toda brillantez, y lejos de chistes, no olía al aceite, como le motejó Piteas, sino que de lo que daba indicio era de beber mucha agua, de poner sumo trabajo, y de austeridad y acrimonia en su conducta; y Ciceron, inclinado á ser gracioso y decidior hasta hacerse jular, usando muchas veces de ironía en los negocios que pedian diligencia y estudio, y empleando en las causas los chistes, sin atender á otra cosa que á sacar partido con ellos, solía desentenderse del decoro.

Tambien se vé en sus escritos que el uno no tocaba en las alabanzas propias sino con tino y sin fastidio, y solo